

3  
*La novela proletaria*



Eduardo BARRIOBERO  
**las animas  
benditas**

Joaquín Alcaraz con el consentimiento de Madrid



# LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: ALFONSO MARTINEZ CARRASCO

Año I

13 de Mayo de 1932

Núm. 3

## LAS ANIMAS BENDITAS

por

EDUARDO BARRIOBERO

---

Portada de ALCARAZ



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID



# LA NOVELA PROLETARIA

Números publicados que serviremos a  
nuestros corresponsales y lectores:

*Sindicalista de acción*, por Augusto Vivero.

*Una pedrada a la Virgen*, por J. Antonio Balbontín.

*Las ánimas benditas*, por Eduardo Barriobero.

Próximos a publicarse originales de Franco, Sediles, Eduardo de Guzmán, Mariano Sánchez Roca y Luciano de Taxonera.

Coleccionar LA NOVELA PROLETARIA es seleccionar lo más valioso de la literatura proletaria.



---

## Las ánimas benditas

---

Don Simón Ro-  
blizo y Cuadrado

Párroco de Moncalvete, con seis mil reales de sueldo; el pie del altar, la intención libre, salvo los días de precepto; una casa, un olivar, una viña, una huerta y unos cuartejos colocados a réditos.

Ayúdale a llevar su cruz, no muy pesada por cierto, su ama doña Mónica, con la que le une un parentesco que, por su lejanía, está fuera del alcance de los juristas.

Entró a su servicio cuando aún no había rebasado la treintena, y su lozanía era codiciada por todos los mozos del contorno. Como arquilla de turrónero iba, de fiesta en fiesta, por los pueblos circunvecinos, y siempre en el cesto de sus trenzas negras como la mora, traíase el corazón de algún apasionado labriego.

Muchas veces, estas amorosas relaciones llega-

ron a formalizarse, y en más de una ocasión vino a Moncalvete algún galán forastero, pintiparado con la ropilla dominguera, para pedir su mano; pero los diablillos de la maledicencia apartábanlo de su noble camino y emprendía de regreso el de su pueblo sin haber dado el paso definitivo.

Nunca se supo porqué; pero lo cierto es que todas las rondas de mozos, desde algunos años atrás, al pasar bajo su ventana desgañitábanse cantando:

Eres güena moza, sí;  
pero no te casarás,  
sólo por el retintín  
c'anda por la vecindá.

Cuando murió la madre de doña Mónica, amparóse ésta de don Simón, y

*cómo se pega el muérdago a la encina,*  
a la hora de ahora, lector, lleva treinta años, día por día, pegada a su santo ministerio, en el que colabora planchando y zurciendo las albas y las sobrepellices, amén de restaurar o renovar las vestiduras de las sagradas imágenes.

No hay para qué decir que desde entonces no ha vuelto a pasear por los pueblos de la comarca los cestos de sus trenzas, negras como la mora hasta doblar la cincuentena y hoy del color del cáñamo



agramado en la plaza de Moncalvete y lavado en el río de los Tordillos, que corre al pie de la sacristía parroquial.

### Custodia y Cristeta

Son dos amapolas de esplendente lozanía que alegran la morada del párroco. Cuenta Custodia veinte primaveras y aún no llegó Cristeta a las dieciocho.

La caridad las hizo reinas de aquel modesto paraíso, y don Simón se sometió de buen grado a la suave y alegre diarquía.

Aún no llevaba un año doña Mónica en el ejercicio de su cargo, cuando supo de una prima suya que, en una villa no muy próxima, estaba a punto de morir de *sobrepardo*. Voló a prestarle ayuda, y como la infeliz sucumbió en el trance, volvió a la casa rectoral con la criaturita en sus brazos.

Dos años más tarde, acaeció el mismo percance a otra parienta, y la caridad inagotable de doña Mónica la determinó también a instituirse madre de la huérfana, con el beneplácito de don Simón, que gustaba también de esta paternidad putatitva.

En cambio, los consabidos diablillos de la maledicencia no dejaron de registrar el hecho de que en tantos años ni el papá de Custodia, ni el papá de

Cristeta hubiesen acudido a mirarse en el espejo de sus ojos inocentes.

Cristeta y Custodia eran morenas, de aventajada estatura, de curvas opulentas, encendidas mejillas, labios gruesos y ardientes y ojos profundos y despiertos. Parecían hermanas y más hermanas aún de doña Mónica, cuando andaba de fiesta en fiesta subyugando gañanes y agosteros..

Por parecerse en todo a su madre adoptiva, se parecían hasta en la desgracia para con los novios; las rondaban muchos, las cortejaban muchos, pero nadie pasaba de ahí.

### La vida patriarcal de Don Simón

Era hombre de cortos alcances. Nacido en una familia de labradores, nunca se sintió atraído por la profesión de Caín. Un día, su padre, no pudiendo ya soportar su vagancia, hízolo vestir de limpio y a la grupa de la mula lo llevó a la ciudad.

Irrumpieron los dos en la casa del cacique.

—Usted, don Celedonio, tendrá mucha mano con el Obispo—dijo el padre de don Simón.

—Según y conforme. ¿Qué es lo que quieres?

—Pos na; que este gandul no quíe doblar las costillas y ha pensao de metélo de zámulo en el Desaminario.

—¿Para que lo hagan cura?



—Ni más ni menos, don Celedonio.

La carta del cacique sirvió para que el Obispo colocase a Simón en el Seminario, de donde, al cabo de algunos años de fregar platos y machacar herraduras latinas, salió hecho un presbítero arrogante y jovial, buen jugador de mús y de pelota, cazador certero y maestro en el canto llano.

Esta cualidad suya destacaba sobre todas las otras; cuando desde el altar mayor decía *Dominus vobiscum*, su voz rodaba como un trueno por todas las capillas de la iglesia, y cuando en un funeral cantaba lo de *secundum magnam misericordiam tuam*, parecía como si al conjuro de su voz, de bajo profundo, se produjera un temblor de tierra.

En cambio, en la sagrada cátedra no se dignó apadrinarlo el Espíritu Santo. Dos veces subió a ella y las dos hubo de bajar vencido y avergonzado. La primera fué a instancias de las Hijas de María, y al hablarles de Satanás se le escapó decir que era un *tío judío*; pero como no pronunció muy claramente la *u*, prorrumpieron las pobrecitas en un grito que le aturdió hasta el punto de tener que dar por terminada su oración.

La otra fué a instancia del alcalde, quien lo solicitó para que reprendiese a los mozos, colectiva-

mente entregados al vicio de la blasfemia. Todavía hay en Moncalvete quien se sabe el párrafo de memoria:

“Mis amados hermanos en Jesucristo: El hombre que blasfema de Dios y sus santos es como un burro que rebuzna, comparando y no igualando. Yo comprendo que muchas veces hay necesidad de soltar un juramento para desahogarse; como, comparando y no igualando, sucede con el secuestro; pero entonces, en lugar de acordaros del de Arriba o del Pan eucarístico, pues decir “Me caso en Dios o en Laustia”, no pecáis y os quedáis como un reló.”

Resonó en la iglesia una carcajada, y don Simón no volvió a hacer pinitos oratorios.

En sus primeros años, anduvo de coadjutor por algunas aldeas; pero por influencia del Obispo pudo lograr la parroquia de su pueblo natal, y en ella se encontraba como el pez en el agua.

Entre todo el vecindario sólo dos se habían significado como enemigos suyos: el farmacéutico, que era buen cristiano, pero no podía perdonarle el que le venciese al mús, dándole de partido dos amarraeos para cinco; y el señor Laureano el zapatero, que era radical y anticlerical desde las antiparras hasta los borceguies.



Los dos enemigos de don Simón hacían lo posible por amargarle la vida. Cuando pasaba por junto a la botica, el vencido del mús se metía en el gabinete de su hija y, acompañándose al piano con un dedo, cantaba:

Señor don Simón,  
¡qué gordo está usted!

Y luego, remedando la voz del párroco:

¡Pues cómo he de estar  
si como muy bien!

—¡Este poeta del cuerno!—murmuraba apresurando la marcha el aludido; quien no tenía idea de que en las mocedades del boticario aún se representara en Madrid una zarzuelita titulada “¡Buenas noches, señor don Simón!”, de donde era el cantable.

Y cuando pasaba junto al portal del señor Laureano, éste, repicando el martillo sobre el yotivo, gritaba: —¡Viva Lerreux! ¿Qué haremos, qué haremos con estos alicáncanos cuando venga la *niña*?

Don Simón, beatífico, se conformaba con llamar funesto al señor Laureano.

El boticario jamás claudicó. El señor Laureano, ¡qué no hará un hombre de bien por sus hijos!, tuvo que claudicar cuando más agudos eran su radicalismo y su anticlericalismo.



### Entiquio, el sacristán

Fué al servicio militar, y como la figura no le acompañaba, lo dejaron en Infantería. Estuvo en Africa y en Cuenca, y no se sabe en dónde ni con qué le envenenarían el alma y le entumecerían los músculos, pues es el caso que, desde que volvió cumplido, no hubo ya Dios que le hiciese coger una lezna, cuanto más un azadón o agarrarse a la esteva de un arado.

Su padre, el señor Laureano, se desesperaba con él; pero no lograba estimular su amor propio ni aguijar su conciencia.

Cuando más agudos eran los disgustos entre el padre, trabajador, y el hijo, holgazán, se le ocurrió emprender el viaje eterno al sacristán de la parroquia. Al pasar el entierro por su puerta, se le ocurrió al señor Laureano una idea luminosa: dejó el tirapié, tiró el mandil y colocándose en sitio y de modo que para don Simón no pudiera quedar inadvertido, se quitó la boina con la zurda y con la diestra se hizo la señal de la cruz.

Por la noche, al cabo de un diálogo, equivalente, sin duda, a una confesión general, don Simón extendió a favor de Entiquio el nombramiento de sacristán de la parroquia.

Y ya no volvió a vibrar en los labios del señor

Laureano el nombre donoso de *Lerreus*, ni a bullir en su sesera el problema de lo que habría de hacerse con los *alicáncanos* cuando viniera la *niña*.

Pero aquél fué un mal trago para el zapatero, puesto que un mes más tarde, don Simón cantaba en honor de su cadáver aquello de *secundum magnam misericordiam tuam*.

Y la viuda, se acomodó con su hijo el sacristán en una casuca miserable, labrada en la planta baja del campanario.

### El hogar de Don Simón

Un buen día comenzó a sentir el párroco el temor de que sus dos hijas putativas, Custodia y Cristeta, se quedasen para vestir vírgenes, ni más ni menos de cómo habíase quedado doña Mónica, y decidió acrecentar sus ahorros para que no tuviesen que compartir la necesidad con la miseria.

Al efecto, empezó por implantar en su casa un severo régimen de economía, precisamente cuando los perifollos y las drogas de las muchachas, a impulsos de la moda, pedían que se ensanchara el presupuesto familiar.

Hicieron las tres mujeres severas y sesudas reflexiones al reverendo; pero no lograron convencerlo; por el contrario, al verlas en aquella actitud multiplicó los candados, cargó con las llaves de todos y



encabezó un libro en el que a diario inscribía todos los gastos, de los que, implacable, pedía cuenta.

Y quedaron terminantemente prohibidos el carmín, el rimel, la pasta para los dientes—ya les guardaría él la ceniza de sus cigarros—, el agua de rosas y tantas otras superfluidades como hasta entonces habían sido toleradas.

### El ingenio de Doña Mónica

No podía soportar la buena señora la tristeza y el disgusto de Cristeta y Custodia. Al principio, intentó con razones ganarlas para la resignación; pero, al ver que las adorables amapolas no se mostraban dispuestas a seguirla por este camino, puso en tortura su cerebro para buscar otros medios de convencimiento.

Y el diablo, que en servicio de las mujeres, sobre todo de las mujeres lindas y amables, hizo siempre maravillas, habló al oído a doña Mónica del cepillo de las Animas benditas.

La casa parroquial estaba comunicada con la iglesia por una puertecilla excusada que don Simón no tenía costumbre de utilizar, por lo que su llave no quedó engarzada en su copioso llavero y permaneció en poder de doña Mónica.

Esta sabía que, aun cuando la feligresía no era populosa, tampoco era tacaña, y así, los lunes, don



Simón solía extraer de la sagrada alcancía de cuatro a cinco duros en tiempo normal y de seis a ocho en la Semana Santa y en el tiempo de las novenas.

Con la mitad de estas cantidades podrían tener las niñas bastante para suplir las economías impuestas por el párroco.

Adiestró a Cristeta y Custodia en el manejo de la consabida ballena de corsé con pez en una punta, y, como los domingos don Simón no cenaba en casa, porque en unión de otros amigos jugaba la merienda-cena en la rebotica, para tormento del boticario, podrían aprovechar las primeras horas de la noche para hacer el salto mientras ella guardaba la casa.

### **Robo sacrílego y arrepentimiento sincero**

Dicho y hecho. El domingo, mientras don Simón envidaba a la grande o echaba órdago a los duples, sus hijas adoptivas, envueltas en sendos mantos negros, penetraban furtivamente en la iglesia por la puerta excusada y asaltaban el cepillo.

Cristeta, más avispada y valiente, metía y sacaba por la ranura la empegada ballena, que no hacía en balde sus descensos, mientras Custodia miraba con espanto la lámpara del Santísimo, que, impotente para romper la obscuridad de la amplia nave,

no lo era para enviar un rayo de luz amarillenta al rostro atormentado de un crucifijo erguido precisamente sobre el objeto del latrocinio.

—Basta, basta—decía, aterrada—. Nos está mirando Dios... Esta vez nos perdona; pero no volveremos a hacerlo...

Y, cogiendo del brazo a su hermana, la arrastró a la puertecilla excusada.

Entraron: triunfadora Cristeta con su buen puñado de monedas de cobre y plata; pálida y desencajada Custodia. Implorando perdón mediante una plegaria mental, elevó sus ojos a una virgen colocada bajo un fanal sobre la cómoda, y, al verle los labios y los ojos exageradamente pintados, recobró su aplomo y sintióse como arrepentida de haberse arrepentido.

Media hora después, cuando aún las tres mujeres comentaban alegremente la aventura, apareció jovial don Simón, con un puro en la boca y celebrando:

—Un día le gano hasta el botamen. Hoy cayó la merienda, el café, la copa, el cigarro y un décimo de la Lotería. Que me cante, que me cante mañana eso de

Señor don Simón,  
¡qué gordo está usted...!



**Don Simón tiene la  
mosca en la oreja**

Lunes. Después de la misa, don Simón descuelga el cepillo de las Animas benditas, y, con él bajo el brazo, pasa a la casa rectoral para tomar el chocolate.

Lo abre, lo vuelca y de su vientre sale en plata y en cobre la modesta cantidad de once posetas. Las cuenta reiteradamente hasta adquirir convencimiento, y, cuando ya lo tiene, se persigna.

Después, apoya la frente sobre las palmas de las manos y reflexiona: “No, no puede ser; mis feligreses echaron más. Aquí hay un ladrón, y yo he de cazarlo, si Dios quiere. Hijo de lobo, lobito Eutiquio; no puede ser otro. En su casa no aprendió el santo temor de Dios, y adelante se lo lleva. Pero yo he de cazarlo, si Dios quiere.

A continuación saca un duro del arcón que yace en el rincón más oscuro de su alcoba; con un punzón le marca una crucecita en el anverso; lo deposita cuidadosamente en el cepillo, que cierra con llave, y vuelve a la iglesia para colocarlo en su sitio habitual.

Toma *a pulso* su chocolate; enciende un pitillo de los que elabora doña Mónica con salvia, melisa, tomillo y un poco de tabaco; toma su balandrán y



sale a la calle para preparar al ladrón su celada.

En Moncalvete hay cuatro tiendas: la carnicería, el estanco, la taberna, que es a la vez abacería y una modesta arca de Noé, en la que se vende jabón, percalinas, zapatos, afeites para las damiselas y otros artículos no menos incongruentes.

A la señá Demetria la carnicera, a Tumbao el estanquero, a Damián el tabernero y a don Melanio el dueño del arca de Noé, les dice sucesiva y misteriosamente:

—Se me ha perdido un duro que tenía interés en guardar, porque era un recuerdo de familia, y quiero recuperarlo; tiene en la cara una crucecita hecha con picaduras de punzón; si a usted se lo traen, tenga la bondad de guardármelo.

—Descuide, don Simón—le habían dicho todos sucesiva y sumisamente.

### Trabajan las ánimas benditas

Transcurrió toda la semana, quieta y mansa como las demás semanas de Moncalvete. Llegó el domingo; cantó don Simón su misa mayor bordando los bemoles en el *Pater noster* y en el Ofertorio, y, después de una ligera siestecilla, acudió a la rebotica, en donde ya le aguardaban los conmlitones del mus.

Entre órdagos y envidos transcurrió la tarde, mientras en la cocina asaban el cordero, que era objeto del combate, y, al sonar las ocho en el reloj de la villa, dieron tregua a las cartas, para negarla a las mandíbulas. Después continuarían para jugar el café, las copas y los cigarros.

Mientras tanto, en la casa rectoral cenaron frugalmente doña Mónica, Cristeta y Custodia. Después, las jóvenes envolviéronse en sus negros mantos, se tocaron de tupidos velos y, por la puertecilla excusada de comunicación con la iglesia, encamináronse al asalto del cepillo.

Custodia había vencido sus temores, y disputaba a Cristeta el honor de esgrimir la ballena.

Comenzó el ataque con buen agüero, puesto que lo primero que salió fué un duro brillante y opulento, que hizo saltar de gozo a las hijas putativas de don Simón. Luego salieron pesetas, dobles pesetas y monedas de cobre. Tenían ya las dos repleta la diestra de dinero, cuando, al fin, vencieron la codicia dominadora hasta entonces de la continencia.

Cuando decidieron retirarse, Cristeta, en vista del buen éxito, propuso a Custodia:

—¿Te parece que, en acción de gracias, le reemos una salve a la Concepción?



Dicho y hecho; casi a tientas, pues apenas si alumbraba más que para subrayar las tinieblas la lámpara del Santísimo, encamináronse a la capilla de las Hijas de María, y, de rodillas sobre las frías losas, rezaron las dos fervorosamente.

Al levantarse Custodia, derribó un reclinatorio y produjo tal ruido que parecía como si se hubiesen desplomado todos los altares.

Quedaron las dos anonadadas y sin atreverse a dar un paso. Cuando estaban a punto de recombrarse, una nueva sorpresa heló la sangre de sus venas: en la iglesia apareció un hombre, con una linterna en la diestra, que, sin vacilación alguna, dirigióse hacia donde ellas estaban.

El hombre del farolillo era Eutiquio que, celoso de su cargo, al oír ruido en la iglesia acudía, valientemente, a enterarse de su causa.

La cosa era como para morir de terror; pero las mujeres tienen siempre recursos extraordinarios, que no suelen estar al alcance de los hombres. Así, Custodia salió arrogante al encuentro del intruso, y, tomándole la mano que la linterna le dejaba libre, le colocó en ella una moneda de cinco pesetas.

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Quiénes son ustedes?—preguntó, tembloroso, Eutiquio.



—¡Las Animas benditas!—repuso, enérgica, Custodia contrahaciendo la voz.

Al oír tal, Eutiquio dejó caer la linterna que, al chocar con el suelo, sonó como si hubiese estallado una bomba. Custodia, aprovechando el momento de estupor, tomó del brazo a Cristeta y corrieron las dos certeramente a la puertecilla excusada.

Contaron las dos a doña Mónica la aventura y rieron las tres ingenuamente.

Cuando aún estaban celebrando el ingenio de Custodia, apareció jovial don Simón, con un puro en la boca y celebrando:

—Un día le gano hasta el botamen. Hoy cayó la merienda, el café, la copa, el cigarro y un décimo de la Lotería. Que me cante, que me cante mañana eso de:

¡Qué gordo está usted,  
señor don Simón...!

### La celada del cura

El lunes, cuando después de haber despachado su misa rezada—una de las que solían encomendarle las clarisas del pueblo de al lado—, salía de la iglesia don Simón con el cepillo bajo el brazo para hacer el arqueo semanal, encontró en el pórtico al

*Tumbao*, el estanquero, que le abordó campechanamente.

—Aquí tié usté el duro, señor cura, y a ver si se pone hueco y le saca a usté una güena pollá.

—¡*Coloniam*, *Tumbao*! ¡Pronto lo cazaste!

—En cuanto amaneció Dios, entró Utiquio, el sacristán, por pitos.

—¡Eutiquio, el sacristán!... Pasa, *Tumbao*; te daré las pesetas y una copita de aguardiente de moras.

Tomó el estanquero el cambio y la copa, y, cuando don Simón se quedó solo, después de comprobar que no llegaban a siete las pesetas del cepillo, refunfuñó:

—¡Bonita herencia la que me dejó el señor Laureano! La culpa me tengo yo, por haberle hecho caso, porque el hijo de un republicano y de un anticlerical, o como se diga, tenía que salir ladrón o asesino. Y menos mal que se quedó en ladrón; pero ya se lo dirán de misas.

### La espada de la ley

Tomó el *pater* su balandrán y su teja, y, no sin santiguarse al transponer el umbral de la casa, dirigióse al Juzgado municipal, que se moría de aburrimiento por falta de quehaceres en un portalucho de la plaza.



Le acogió, familiar, el señor Marceliano, alias *Cavila*, que era el gran sacerdote de Themis en Moncalvete.

—¿Qué te trae por aquí, galán? Bueno, ¡vaya un par de galanes que estamos ya! ¿Te acuerdas de cuando le robamos aquellos pollos tomateros a la Juliana, la Pechuga? ¡Quién se viera como entonces, y lo pasao pasao! Porque ya vamos navegando; tú eres algo más nuevo; pero yo he contao ya las tres duros y medio.

—Pues estamos bien conservaos, y no como los hombres de hoy, que envejecen antes de llegar a la edad de Cristo; pero a lo que vengo, vengo.

—Tú dirás.

—Traigo una cosa muy grave. Ese maldito sacristán, que roba el cepillo de las Animas benditas, y quiero que le echés encima la ley que quepa.

—Esas son palabras mayores.

—Pues no hay más remedio. Si no lo hacemos, nos castigaría Dios a ti y a mí por consentir que le roben en su santa casa.

—Puede que tengas razón. ¿Qué quieres que hagamos, entonces?

—Que lo castigues.

—No; eso no está en mi mano. Ponle la denuncia, y ya lo castigarán en la ciudad.



—¿De modo, que la cosa no se puede quedar aquí, en Moncalvete?

—No, hombre; ese delito es pa los jueces de las capitales, esos que paice que se desnudan por las patas como vusotros.

—Bueno; pues adelante, que yo no me atrevo a hacer la vista gorda.

### **Las arañas de Themis tejen su red :-**

Llamó el señor Marceliano al secretario, que era además carpintero y trabajaba en el portal de al lado. Vino diligente, dobló con maestría el papel y escribió al dictado de su jefe:

*“Comparecencia.*—En la villa de Moncalvete a 30 de junio de 19..., siendo las once de su mañana, comparece el que dice ser y llamarse don Simón Roblizo y Cuadrado, de oficio cura párroco de la misma y, bajo juramento que le fué recibido por el que provee, manifiesta: que habiendo notado diferentes faltas de metálico en el cepillo de las Animas benditas, tomó las precauciones convenientes para descubrir al ladrón, marcando un duro, que puso en el cepillo, el cual duro fué al día siguiente cambiado por Eutiquio Zarzales, el sacristán, en el estanco de Simeón Ratizo, conocido por el Tumbao.

*Preguntado a cuánto asciende la cantidad sustraída, dice...*

—¿Qué dices, hombre?

—Que te has aprendido bien el oficio. ¡Tan cerrojo cómo eras cuando íbamos a buscar nidos!

—Deja eso aparte. ¿Cuánto te han robao? Digo,, ¿cuánto les han robao a las Animas benditas?

—¿Hay que ponerlo?

—¡Claro, hombre, claro!

—Pues verás: doña Robus echa todos los domingos dos pesetas; de las Hijas de María se viene a sacar unos dieciocho reales...; bueno..., ya haré bien la cuenta en casa. Pon ahora que alreor de veinticinco duros.

“... dice que, según sus cálculos, en unas ciento veinticinco pesetas.

Leída que le fué, firma con el señor juez, de que yo el secretario certifico.”

—Firma y vete, si no le quís ver la cara al criminal.

—¿Lo vas a traer aquí?

—Yo, no; la Guardia civil, que para eso está.

Salió el párroco, y el puez siguió dictando:

“*Providencia.*—En vista de la anterior comparecencia, remítase oficio a la Guardia civil para que proceda inmediatamente a la busca, captura y presentación del denunciado.”

**Moncalvete sacude sus  
nervios y su pereza**

Desde hacía quince años, cuando Torcate el Tuerto dió treinta y seis puñaladas a Caracol porque le robaba el agua de la huerta y lo puso por parada en el arroyo de los Tordillos, ningún delito se había cometido en Moncalvete. La Guardia civil, que tenía su puesto a tres kilómetros de distancia en el monte de un hacendado forastero, no venía al pueblo sino para asistir a las procesiones o para proveerse de víveres, así que cuando se supo que el tío Saballejos, el alguacil, corría de orden del juez a buscarla, se produjo de pronto una conmoción análoga a la de cuando Torcate cometió el desaguisado.

Pronto se conoció el robo sacrílego con todos sus detalles, y las mujeres execraron la perversidad del ratero, y los hombres celebraron la astucia del cura para cazarlo.

Cuando apareció en la plaza, esposado y entre dos guardias, todo el vecindario se concitó para asaetarlo con las más crueles invectivas:

—¡Ladrón!

—¡Hereje!

—¡Matáidelo!

—¡Llevásuslo a que l'aurquen en la cindá!



—¡Las dos manos se tenía que haber dejao en el cepillo de las Animas benditas!

.....  
Y el pobre Eutiquio seguía su calvario entre los civiles, cabizbajo y con los ojos preñados de lágrimas.

Llegaron al Juzgado municipal. La multitud quiso irrumpir para regocijarse con el suplicio del inculpado; pero los guardias la rechazaron a culatazos.

—Mala idea t'ha dao, majo—le dijo el juez municipal cuando los beneméritos entornaron la puerta.

—¿También usted, señor Marceliano?—repuso Eutiquio, y rompió a llorar estrepitosamente—. ¡Ladrón yo!—gritaba cuando podía dominar los sollozos—. ¡No habrá quien me lo haga bueno!

—¡Vamos, hombre, cálmate!—le decía paternal el juez—. A lo hecho, pecho; que nunca es el cuerpo tan negro como las alas.

—¡Pero si yo no he hecho nada, señor Marceliano!

—Calla, hombre, calla y no te *desniegues*, que es peor. ¿Quién te dió el duro que cambiaste esta mañana en el estanco?

—Las Animas benditas, señor Marceliano.

—Pero, ¿quién crees tú que te va a hacer caso de

ese cuento? Más vale que digas la verdad, y ya procuraremos que no llegue la sangre al río.

—Pues la verdad es la que acabo de decirle a usted, señor Marceliano: que anoche sentí ruido en la iglesia, entré con un farol, y las Animas benditas me quitaron el farol y me dieron el duro que llevé al estanco esta mañana.

—Por última vez te *amolesto* a decir la verdad.

—¡Pero si la verdad es ésa, señor Marceliano!

—Pues tu alma, tu palma. Escribe, secretario...

Y cuando Eutiquio salió del Juzgado y entre los civiles para ser conducido a la capital, el pueblo, que seguía congregado en la plaza, le increpó nuevamente:

—¡Ladrón!

—¡Hereje!

—¡Mataidelo!

—¡Lleváisuslo a que l'aurquen en la ciudá!

—¡Las dos manos se tenía que haber dejao en el cepillo de las Animas benditas!...

### En desagravio de las ánimas benditas

Las clarisas del pueblecillo vecino sugirieron a don Simón la idea. Era preciso celebrar una función en desagravio de las Animas benditas.

Don Simón no anduvo remiso para poner en práctica el consejo: el domingo siguiente, misa de



tres, con filigranas en el órgano a cargo del sacristán de Matarroya, que no habría de negar su curso.

En el día señalado, llegaron hasta seis curas del contorno, muy bien acompañados por las asistencias de sus respectivas feligresías. Se celebró la misa con derroche de incienso, de canto llano y de filigranas organiles. Las Animas benditas quedaron perfectamente desagraviadas; pues en el cepillo cayeron, como argentino y piadoso pedrisco, raudales de duros, con los que Dios, por medio de la voluntad de sus fieles, devolvía ciento por uno a las celestiales despojadas.

El cura de Matarroya, que había acudido con su sacris, y tenía fama de ser el mejor orador sagrado de la comarca, subió al púlpito en el momento que la liturgia señala, y pronunció un sermón maravilloso sobre el séptimo mandamiento, en el que describió, con la mayor minuciosidad, toda la gama de suplicios establecidos en el departamento adecuado del infierno para los ladrones.

—No hay excepción ni piedad—declamaba—. Desde el niño que roba a su madre la onza de chocolate, hasta el que, con un trabuco, sale a los caminos, todos sufren con rigor inaudito la cólera divina.



Tan pronto como llegan al hórrido lugar de los condenados, se les sumerge en las calderas de Sata-nás, para quitarles la piel; ya en carne viva, van pasando a las manos crueles de los ministros del infierno: éste les arranca las uñas con unas tenazas; el otro, los dientes a golpes de martillo; aquél las orejas y, por último, el propio Angel Rebelde les vacía los ojos con un asador candente...

A don Simón le trajo a la memoria la plática el hurto de los pollos de Juliana, la Pechuga, que había recordado el juez municipal, y le temblaban las carnes; para no desmayarse, tuvo que desviar su pensamiento a los cochinitillos que estaba asando doña Mónica, para regalar a los presbíteros; a las rosquillas de fruta en sartén que, con el mismo objeto, habíanle enviado las monjitas, y al vinillo perfumado y añejo con que contribuía el señor alcalde al desagravio de las Animas benditas.

### Y llegó el día de la justicia

Si a la pobre viuda del señor Laureano, el zapatero, le hubiesen asegurado frailes descalzos que todos los años son de iguales dimensiones, ni aún bajo pena de excomunión lo hubiera creído.

Aquél que había transcurrido desde que los guardias se llevaron a la cárcel de la ciudad a su pobre hijo, había sido tan largo por lo menos como en-

tre una docena de los de su vida anterior. A los dos días fué desahuciada de la casucha labrada en la planta baja del campanario; después, por lo menos dos veces a la semana, recorrió a pie el camino de la capital, para ver a su hijo entre rejas y para implorar, a favor de alguna recomendación, la piedad de los jueces.

Para asistirle y ayudarle, aunque bien miserablemente, tuvo que ir vendiendo los pedacillos de tierra que poseía y hasta las herramientas y las ropas de su difunto. En los últimos días, tuvo que sufrir la infeliz el acervísimo dolor de ir a ver a su hijo y no llevarle ni un mísero pedazo de pan blanco.

Llegó, al fin, el día decisivo. La madre y el hijo consideraban incontestable la absolución, a pesar de la unanimidad con que se manifestaba la opinión contraria.

—Las Animas benditas—decía la pobre mujer—no pueden abandonar a mi hijo, ni consentir que sobre él caiga esa calumnia.

Por la mañana, esposado y entre guardias, fué conducido Eutiquio desde la cárcel a un calabozo de la Audiencia.

Perezosamente fueron llegando magistrados, fiscales, abogados y alguaciles.

—No tiene cura—decía el defensor, de oficio,



mientras se ponía la toga, contestando a un periodista—. Se empeña en sostener que el duro se lo dieron las Animas benditas, y cualquiera hace creer a los magistrados en esos milagros pueblerinos. Ni siquiera he podido conseguir de él que diga que sacó del cepillo sólo el duro, para convertir el hecho en falta.

—¡Qué animal!

—Y luego se quejará de todos nosotros.

Efectivamente, en el juicio oral, Eutiquio, rechazando todas las sugerencias del defensor, del presidente de la Sala y hasta del propio fiscal, se obstinó en sostener lo que era *su* verdad: que aquel duro se lo pusieron en la mano derecha las Animas benditas en el mismo instante de quitarle el farol de la izquierda.

Cinco días después, un oficial de la Audiencia visitaba en la cárcel al desventurado Eutiquio para entregarle un papel en el que, entre otros, constaban estos dos substanciosos párrafos:

“*Resultando*.—Que en la noche, buscada de intento del 30 de junio de 19..., el procesado penetró en la iglesia parroquial de Moncalvete, y, valiéndose al efecto de alguna ganzúa, o llave falsa, sustrajo del cepillo de las Animas benditas la cantidad de ciento veinticinco pesetas, de la que se apropió con



ánimo de lucro, sin que dicha cantidad haya sido recuperada. Hechos que declaramos probados.

.....

*Fallamos* que debemos condenar y condenamos al procesado en esta causa Eutiquio González y Fernández a la pena de ocho años y un día de presidio mayor, accesorias y costas...”

\* \* \*

Cuando redactaban la sentencia, el presidente de la Sala dijo a sus compañeros:

—Les voy a ustedes a enseñar una carta muy curiosa que recibí ayer tarde. La letra es de mujer, no cabe duda. Su pobre madre acaso...:

“Señores jueces: No condenen ustedes a Eutiquio el sacristán, porque harían una verdadera injusticia. Nosotras fuimos las que robamos el cepillo, porque don Simón nos tenía *a dos velas*. El pobre Eutiquio nos sorprendió en el hecho, y le dimos el duro, diciéndole, la verdad, que éramos

*Las Animas benditas.*”

Lo que no se le ocurre a una madre en defensa de su hijo, no se le ocurre ni al mismo demonio... Firme usted, don Saturnino.

—Usted primero, don Pantaleón...

E. BARRIOBERO Y HERRAN

---

Imprenta Campos (hijos).—Castelar, 30, Madrid.

**¡Pero mató a un burgués!**

por

**ALFONSO MARTINEZ CARRASCO**

será el próximo número de

## **La Novela Proletaria**

La pluma briosa del joven escritor revolucionario os hará entrar en los abismos tenebrosos de la miseria para haceros vivir un drama intenso, cruento; uno de los muchos dramas que se representan todos los días en el teatro de la vida; de los dramas, cuyos intérpretes forzados son los pobres, y los autores son siempre los ricos, aunque muchas veces no podamos señalarlos.

El estilo vibrante de este escritor proletario os hará estremecer con fuerza, os contagiará de santa rebeldía, os inflamará de divino odio contra la burguesía maldita.

Leed todos el cuarto número de

## **LA NOVELA PROLETARIA**





## Biblioteca de los sin Dios

es la colección de folletos populares más interesantes publicados hasta el día contra la mentira religiosa.

Primorosa presentación.

20 centimos.

El primer número de esta colección que se ha puesto a la venta se titula

**Jesucristo, mala persona**  
por

AUGUSTO VIVERO

Pedidlo todos los que rechazáis el opio de la religión.

Aprenderéis en ellos toda la gran mentira de la Iglesia.

Otros títulos de esta colección:

Las alegres abuelas de Jesucristo

La absurda virginidad de María

Jesús, homosexual

Pedidos a

**EDICIONES LIBERTAD**

Roma, 41 - MADRID